

Los valores de Occidente



En estos tiempos que vivimos de avances y retrocesos, acompañados por la esperanza y el desaliento de todos cuantos con la sensibilidad de apasionados comprometidos, con verdadera actitud agónica, no sabemos si nos heredarán felicidades o desdichas y consuetudinos tampoco conocemos si la humanidad está pariendo futuros de paz y justicia o monstruos de desencuentros e ini-

atúridos que un día encienden la alegría y al otro opacan la esperanza, vivimos casi simultáneamente las consecuencias de episodios positivos y negativos, como si fuera ley de los tiempos que las grandes mutaciones civilizatorias necesariamente tuvieran que producirse entre perturbadoras y desorientadoras contradicciones de tal naturaleza que dejan tan sólo a los principios éticos, como hitos válidos para hallar el camino.

En los últimos días tuvimos las noticias de la derrota del candidato republicano a la gobernación de Louisiana, señor Duke, ex miembro del Ku Klux Klan y nos complacimos con la decisión de la sociedad de ese estado sureño, que sin duda advirtió que su elección hubiera significado un violento retroceso en la política de integración que con tanto esfuerzo se lleva adelante desde hace años en el país del Norte.

Pero de inmediato recibimos la información de la decisión del gobierno de Estados Unidos de repatriar a unos mil asilados haitianos que habían llegado a sus costas desafiando cualquier peligro, porque según se dijo, no se trataba de refugiados políticos, sino económicos. Es decir, cuando lleguen de vuelta, no se sabe si han de morir por la persecución de la dictadura, o de hambre, lo que ha motivado airados reclamos de algunos representantes que calificaron a la resolución como racista e inhumana.

En Europa, del mismo modo, se observan fenómenos preocupantes de xenofobia y racismo, originados por masivas migraciones que, seguramente, han de convertirse en uno de los problemas más serios que deberá enfrentar la humanidad, desde el punto de vista de los derechos humanos.

Una reciente película auspiciada por la Comunidad produjo, según me dicen, un impacto enorme en la opinión pública de Europa occidental. La trama mostraba a un líder carismático y pacifista, una especie de Gandhi africano, decidido a iniciar una larga marcha encabezando a centenares de miles de hambrientos a través de desiertos y penurias sin fin, para llegar a Europa. La intención es preguntarles a los primeros ricos de este continente: *“¿Es que acaso son ustedes mejores que nosotros?”* *“¿Por qué ustedes tienen todo y nosotros nada? Queremos ayuda y trabajo, aquí, entre ustedes, o nos verán morir de hambre y enfermedad en vuestras calles”*.

Frente a un hecho que parece inexorable, hasta ahora no hay una política prevista, como no sea la intención de desalentar por cualquier medio este colosal desplazamiento.

Los mejor intencionados proponen reforzar la colaboración económica, para detener el éxodo, medida que por lo demás sería muy conveniente. Los que reaccionan con pánico, quieren levantar otra cortina de hierro, esta vez para evitar el ingreso y no la salida de personas.

Para cuántos aceptamos nuestra pertenencia a la cultura

occidental, es decir, nuestra inclusión en una civilización que tiene como principios rectores la libertad, la tolerancia, la aceptación de la diversidad, la búsqueda de la racionalidad, resulta imperioso analizar todo cuanto pueda influir sobre esa rica constelación de valores.

En la creación de la democracia, se encuentra uno de los mayores logros de la cultura occidental, así como uno de sus rasgos enaltecedores reside en su aptitud para cuestionarse a sí misma y promover cambios permanentes en búsqueda de más justicia.

Vivimos un orden internacional injusto, pero no perdemos la esperanza. La idea del cambio es, tal vez, uno de los conceptos definitorios de la civilización occidental.

La adhesión a los ideales de libertad y racionalidad permite adoptar una cierta distancia respecto de la realidad y evaluarla críticamente, con lo que aparece la necesidad de transformar esa realidad para adaptarla a principios y objetivos que no derivan de ella. Lo contrario ocurre con otras civilizaciones que conciben a la realidad como sacrosanta e inmutable. En éstas el cambio las sorprende sin fórmulas de comprensión que les permita asimilarlo, prever su curso, fijarle rumbo y se convierte entonces en un estallido de irracionalidad, en una catástrofe. Frente, pues, a civilizaciones estáticas que padecen el cambio, Occidente es una civilización dinámica que lo produce. Aquéllas lo temen, ésta, lo necesita.

¿Qué pasaría si frente a problemas de semejante envergadura, se supusiera que los esquemas interpretativos clásicos han perdido utilidad para la correcta aprehensión y comprensión de los nuevos fenómenos? En última instancia se pueden poner a prueba convicciones esenciales de la civilización que Occidente conformó y su conocida capacidad para aceptar y promover cambios, podría invertirse en forma perversa, impulsando regresiones que pueden lesionar derechos humanos esenciales. Alguna vez ya pasó.

Tal vez los latinoamericanos podamos mostrar un valioso antecedente. Es que somos el Nuevo Mundo porque fuimos fusión de pueblos y de culturas. Y seguimos siendo cada vez más Nuevo Mundo porque en el seno de nuestra comunidad conviven los legados históricos de las antiguas civilizaciones helénicas y latinas junto a los aportes que en una complicada trama histórica sumaron godos y árabes en Europa e incas, mayas, aztecas y tantos otros pueblos de América, y luego las nuevas corrientes inmigratorias provenientes de los más diversos puntos del globo.

Tan importante como comprender los alcances de la magnitud de los acontecimientos que se han de vivir, es tener en claro los valores a cuyo servicio se ha de trabajar para encauzarlos. En la actual situación, el aislamiento soberbio en la propia singularidad nacional o regional, el empeño en preservar una arrogante y solitaria visión del propio destino colectivo, comporta el riesgo de optar por la inhumana y la autodestrucción.

La existencia de las grandes familias culturales adquiere un nuevo papel, que no debe oponerse a la integración mundial sino trabajar para ella. Las grandes comunidades de naciones, unidas por el origen, la lengua o la cultura no deben perder su singularidad, es verdad, pero la defensa de su propia identidad no puede ser excluyente, sino constituir un aporte más al enriquecimiento de la civilización humana en su conjunto.